

**1980**

**El Salvador:  
apuntes sobre imágenes que son historia**

*Fernando Martínez*

Recientemente hemos tenido la oportunidad de ver el primer trabajo del Comando Internacional de Información de El Salvador. Se trata de un programa de televisión con una duración de apenas doce minutos. Se destaca, particularmente, el acierto político de los dirigentes revolucionarios salvadoreños al crear este nuevo organismo destinado fundamentalmente a contrarrestar la desinformación y confusión propiciadas por el imperialismo a través de sus ya muy conocidas agencias internacionales de noticias en nuestros países.

Este primer reportaje, que aparece firmado por las Ligas Populares 2 de Febrero (se están tomando las medidas para centralizar este esfuerzo en la recién creada Coordinadora Revolucionaria de Masas), contó con la colaboración del Sistema Sandinista de Televisión de Nicaragua, del Canal Once Latinoamericana de Televisión Costarricense, la Dirección de Cultura de la Universidad de los Andes (Venezuela) y el GECU de Panamá.

Una vez más se pone de relieve la fusión entre el protagonista, en este caso particular el pueblo salvadoreño y sus vanguardias, y los trabajadores de los medios, ya sean realizadores, fotógrafos, sonidistas, etc. La cercana experiencia nicaragüense ha entregado al movimiento revolucionario internacional un saldo de experiencias de gran valor. En montañas y ciudades nicaragüenses, cineastas y periodistas, a riesgo de sus vidas, testimoniaron el gran esfuerzo de todo un pueblo decidido a liberarse. Allí el Frente Sandinista, comprendiendo el gran valor de este trabajo, tomó las primeras medidas con el fin de centralizar y canalizar la información, de modo que se convirtiera

en un arma eficaz y decisiva de la lucha revolucionaria. Estas medidas, surgidas al calor de la ofensiva, a la luz del triunfo, han devenido el principal punto de partida de la nueva política hacia los medios y la cultura de la nueva Nicaragua, política que es absolutamente necesaria en la actual fase de reconstrucción nacional.

El principio esencial es la solidaridad internacional que precisa un pueblo para con su lucha. La solidaridad de los panameños con El Salvador, por ejemplo, solo es posible si se utilizan canales adecuados que nos permitan llegar a amplios sectores de población.

No se trata de la solidaridad exclusiva de partidos y organizaciones políticas revolucionarias sino de divulgar masivamente la realidad que, expresada en términos de explotación, injusticia, dependencia y represión, constituyen la principal razón de la lucha revolucionaria. La solidaridad puede resultar por un cociente determinado de formación ideológica o por simple reflejo. Ello es así porque, aun no existiendo la formación política, un hombre pobre, explotado y reprimido de cualquier país del mundo es capaz de ver reflejada en la lucha de otros hombres, en iguales condiciones que él, su propia lucha. Lo importante es entonces que ese hombre común tome conciencia, primero, de las razones que lo obligan a la lucha y, segundo, que aprenda del ejemplo y por lo tanto tome la decisión de luchar.

Apoyar, entonces, al hermano que lucha en otras latitudes, es apoyar y profundizar nuestra propia lucha.

La iniciativa de crear el Comando Internacional de Información abarca, además del medio televisivo, una revista de amplia circulación internacional (ya han salido dos números y se adelantan gestiones para hacer una edición en inglés) y la realización de filmes documentales, el primero de ellos un largometraje de coproducción ya en proceso.

**El Salvador**, primer reportaje de televisión del Comando Internacional de Información.

Conviene ahora que hagamos algunas anotaciones sobre este primer trabajo que nos entrega el punto de vista de los salvadoreños. La síntesis, elemento principal del reportaje de televisión, encuentra en este trabajo una extensión temática muy compacta, resumida, por paradójico que pueda parecer. Resulta realmente impresionante que sólo doce minutos de proyección puedan abarcar temáticamente tanto.

En lo descriptivo, el narrador nos dice: “El Salvador es el país más densamente poblado de América, en 20 000 kilómetros cuadrados viven más de cinco millones de

habitantes. El 58 por ciento de los salvadoreños ganan menos de diez dólares mensuales *per capita*. En instalaciones hospitalarias existen 17 camas por cada 10 000 personas. La mitad de los niños salvadoreños muere antes de cumplir los cinco años...”

Algunas de las imágenes de este reportaje nos podrán parecer semejantes a las difundidas por el imperialismo en sus medios. Ello es así porque se trata de una situación de crisis nacional a la que no se escapa nadie. Donde quiera que se introduzca una cámara el resultado será una imagen que refleja el grado de violencia existente.

Ahora bien, ¿qué produce esa violencia? El reportaje nos da la respuesta en su primera frase: “cincuenta años de gobiernos militares... La represión siempre fue la respuesta a las peticiones populares. En 1932, treinta mil salvadoreños resultaron muertos como resultado de la represión militar de la oligarquía”.

Mientras los medios de comunicación imperialistas, en un afán de confundirnos, atribuyen diariamente los crímenes y asesinatos a “organizaciones” de “izquierda” y “ultraizquierda”, los salvadoreños, perfectamente claros de quién es su enemigo, identificándolo como “el enemigo de clase”, se disponen a profundizar su organización y desarrollar con cada vez mayor fuerza su militancia.

En el reportaje, un policía al ser inquirido respecto a por qué y a quiénes atacan, contesta: “uno siempre espera órdenes de los superiores... Esas gentes (se refiere a los manifestantes) casi siempre son enganchadas, más que todo son personas que no tienen trabajo, ¡bah!, que no tienen nada que hacer y los enganchan y el que los engancha se zafa y ellos quedan nada más que esperando el vergajazo...” Otros hechos de fundamental importancia forman parte de este reportaje. Uno que a partir de una de las figuras “más perseguidas de El Salvador”, Ana Guadalupe Martínez, nos da los indicadores del nivel de organización (clandestina y de masas) existentes. Esta comandante, de sólo 28 años de edad, nos transmite una imagen del dirigente al cual no hicieron mella la tortura, el escarnio y la prisión y que se erige como símbolo y ejemplo de la combatividad de un pueblo.

Monseñor Romero, de cuyo crimen los medios de comunicación de nuestro país dijeron desconocer a los autores, aparece en pantalla diciéndonos: “... a mí me basta decir la verdad y proclamar la justicia y sé que todo eso corre riesgo de ser amenazado...” ¿Quiénes le mataron? En pantalla quienes asistieron a su entierro son

atacados a balazos y entre el tumulto, madres, niños y jóvenes se arrastran para salvar la vida.

Finalmente, y por la extensión de esta crónica, no pareciera que estuviésemos hablando de sólo doce minutos de proyección; una secuencia, por su contenido y alcance, resulta extremadamente relevante: en enero de 1980 todas las organizaciones unificaron sus fuerzas y crearon la Coordinadora Revolucionaria de Masas. En imagen más de una veintena de los dirigentes revolucionarios de El Salvador entrelazan sus manos y las levantan entre consignas y vivas del auditorio.

Esta unidad alcanzada como expresión de la madurez de los salvadoreños es el más importante paso en casi un siglo de lucha y sacrificio.

Este reportaje, breve pero elocuente, con imágenes de gran audacia, sin sensacionalismos, sin abuso de la sagrada sangre del pueblo, expresa una perspectiva que no por ser dura y compleja deja de ser optimista. La visión de un pueblo cuya combatividad es desbordante, de un pueblo que “le perdió el miedo a la muerte” y que se apresta a crear las condiciones para que una nueva sociedad reivindique para siempre su derecho a una vida justa y sin explotadores.